

Urge decir que si la analítica existencial ha tenido derivaciones tan pintorescas en su forma, pero tan demoledoras en su fondo como la del existencialismo bohemio-literario de *Sartre*, en la misma Francia ha dado origen a versiones impregnadas de religiosidad como la de *Gabriel Marcel* y aquí en España a libros como el de *Rubert Candau* en el que siguiendo en cierto modo la tridimensionalidad de *Jaspers* se someten a minuciosos análisis la vida humana, el mundo y Dios. Aun más, el propio *Heidegger*, sin que su propia posición quede definida, en su último libro «*Platons Lehre von der Wahrheit*» y en la carta «*Sobre el humanismo*» dirigida a Jean Beaufret de París, que le sirve de apéndice, escribe: «Al señalar el «ser-en-el-mundo» como rasgo fundamental de la humanidad, del homo humanus, no se afirma que el ente sea simplemente un ente mundano, en el sentido cristiano, por tanto apartado de Dios y desligado de la transcendencia».

Parece dar así la razón a *Zubiri* que en lugar de aceptar la condición de «arrojado» en el mundo del hombre, no siendo nada si no es con y para las cosas, parte del hecho de que el hombre está «implantado» en la existencia; está enviado a la existencia o la existencia le es enviada y tiene por tanto un carácter misivo. El ser humano está religado a lo que le hace ser y está religación nos descubre que hay lo que religa, nos hace patente la Deidad.

El reconocimiento de esta íntima unión, en el estrato más hondo, del hombre y el mundo, hace que al descender al plano del ente, del hombre concreto y sus agrupaciones sociales, cobre un especial interés el análisis de las relaciones con el mundo en torno. Ante todo se nos plantea la siguiente cuestión: la identidad de principio ontológica del hombre se fracciona inmediatamente en infinitas variedades—tantas como sujetos—en cuanto descendemos a la esfera del hombre fáctico. De otro lado—y ello nos importa más aquí—las agrupa-

